

## EL QUIJOTE EN HISPANOAMÉRICA: LECTURAS DE BORGES

TEODOSIO FERNÁNDEZ  
(Universidad Autónoma de Madrid)

Aparentemente, ningún texto prueba mejor que «Pierre Menard, autor del Quijote», la célebre ficción publicada inicialmente por la revista *Sur* en mayo de 1939 e incluida después en *El jardín de senderos que se bifurcan* (1941), el interés de Jorge Luis Borges por Miguel de Cervantes. Su utilidad a la hora de establecer relaciones entre ambos autores resulta, sin embargo, difícil de precisar: probablemente ese relato no era ajeno a ciertas definiciones de la literatura propuestas por Paul Valéry que Borges encontró difíciles de conciliar entre sí —«una parece reducir la literatura a las combinaciones que permite un vocabulario determinado; la otra declara que el efecto de esas combinaciones varía según cada lector»—, según hizo constar en un comentario sobre la *Introduction a la poétique* que publicó en la revista *El Hogar* el 10 de junio de 1938<sup>1</sup>. Para ilustrar la observación de que «el tiempo y sus incomprensiones y

---

<sup>1</sup> Véase Jorge Luis Borges, *Textos cautivos —Ensayos y reseñas en «El Hogar» (1936-1939)*, edición de Enrique Sacerio-Garí y Emir Rodríguez Monegal, Barcelona: Tusquets, 1986—, en Jorge Luis Borges, *Obras completas*, Barcelona: Emecé, vol. IV, 1996, págs. 207-443 (368-69). El artículo «Valéry como símbolo», publicado en la revista *Sur* en 1945 e incluido después en *Otras inquisiciones* (1952), ofrecía una opinión positiva del poeta francés que Borges desmintió en repetidas ocasiones: «(Y ahora, si se me tolera una herejía, diré que siento que si no hubiera existido Paul Valéry mi vida no hubiera sido más pobre. En su favor se podría alegar que ha dejado una imagen de poeta muy inteligente, muy escrupulosa y muy intelectual, ciertamente no confirmada por el imprudente examen de su obra)»,

distracciones colaboran con el poeta muerto», Borges recordaba entonces, apenas sin variaciones (y con la misma ignorancia de la exclamación «voto a Dios» con la que debió iniciar su cita del soneto de Cervantes al túmulo del rey Felipe II que se hizo en Sevilla), lo que años atrás, en «La fruición literaria», ya había invocado con el mismo fin: el «erguido» verso «Vive Dios, que me espanta esta grandeza»; «cuando el inventor y detallador de Don Quijote lo redactó, vive Dios era interjección tan barata como caramba, y espantar valía por asombrar. [...] Nosotros lo vemos firme y garifo. El tiempo —amigo de Cervantes— ha sabido corregirle las pruebas»<sup>2</sup>. Consecuente con tales planteamientos, «Pierre Menard, autor del Quijote» es sobre todo una reflexión (irónica) sobre los beneficios que el paso del tiempo puede reportar a la literatura, y también una parodia de los planteamientos de Valéry que parecían reducir toda creación literaria a «una combinación de las potencias de un vocabulario determinado»<sup>3</sup>. Así pues, Borges imaginó a un simbolista francés entregado hasta su muerte a la tarea infinita de ensayar una y otra vez la escritura de un texto hasta que éste coincidiera literalmente con el del *Quijote*. De paso, dejaba de manifiesto su conocimiento de la obra cervantina, conocimiento comprobable en la capacidad para elegir el fragmento adecuado a la hora de mostrar los diferentes significados que ofrece un mismo texto redactado por Cervantes y por Menard —«... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir» (*Quijote*, I-IX)— y en detalles como el hallazgo de la conjunción de un adjetivo moral y otro físico que permite recordar a Shakespeare y reconocer el estilo de Menard «y como su voz en esta frase excepcional: *las ninfas de los ríos, la dolorosa y húmida Eco*»<sup>4</sup>. La actitud humorística y paródica del narrador no aconseja identificar sus planteamientos con los de Borges, cuya verdadera opinión tal vez pueda rastrearse indirectamente en otros escritos: «Nada gana el *Quijote* con que lo refieran de nuevo, en estilo efusivo»<sup>5</sup>, había asegurado en el ensayo

---

declaraba en el diario *La Nación* el 8 de mayo de 1977 (véase Jorge Luis Borges, *Textos recobrados 1956-1986*, Buenos Aires: Emecé Editores, 2003, págs. 342-43; «Valéry es una superstición francesa, yo creo»; véase *Borges el memorioso. Conversaciones de Jorge Luis Borges con Antonio Carrizo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1983 (2ª ed.), pág. 79.

<sup>2</sup> «La fruición literaria» (1927), en Jorge Luis Borges, *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires: Manuel Gleizer Editor, 1928, págs. 101-9 (107). La frecuente inexactitud de sus citas invita a creer que Borges recurre a su memoria más que a ediciones concretas de las obras de Cervantes.

<sup>3</sup> *Textos cautivos, Obras completas*, IV, pág. 368.

<sup>4</sup> «Pierre Menard, autor del Quijote», en Jorge Luis Borges, *Obras completas*, Barcelona: Emecé, vol. I, 1989, págs. 444-50 (447). «En esto, y en suspirar y en llamar a los faunos y silvanos de aquellos bosques, a las ninfas de los ríos, a la dolorosa y húmida Eco...» (*Quijote*, I-xxvi).

<sup>5</sup> *Textos cautivos, en Obras completas*, IV, págs. 248-50 (248). Con el tiempo sería la credibilidad de don Quijote lo que volvería superfluas la recreación de Unamuno y otras similares: «lo verdaderamente importante es el hecho de que yo creo en el propio don Quijote. Por eso libros como *La ruta de don Quijote*

«Presencia de Miguel de Unamuno» que *El Hogar* publicó el 29 de enero de 1937, antes de descalificar *Vida de don Quijote y Sancho* como una intromisión, un error y un anacronismo.

De la relación de Borges con Cervantes, «Pierre Menard, autor del Quijote» ha constituido probablemente la manifestación más visible y también la menos relevante<sup>6</sup>. El éxito de sus ficciones ha impedido con frecuencia fijar la atención en ensayos y poemas del escritor argentino donde puede rastrearse la dimensión profunda de la relación, la a veces subterránea, la impar, pues la literatura hispanoamericana difícilmente puede ofrecer otro ejemplo que conjugue en la misma medida el interés persistente en la obra cervantina y la capacidad para incorporar esa obra a la creación propia. Apenas llegado a Buenos Aires tras su experiencia europea<sup>7</sup>, en una carta fechada el 29 de mayo de 1922 y dirigida a su amigo mallorquín Jacobo Sureda, Borges consideraba a Cervantes como «el primer escritor del mundo»<sup>8</sup>, valoración en la que pudo influir por entonces la

---

de Azorín, o incluso *Vida de don Quijote y Sancho* de Unamuno, se me antojan irrelevantes en cierta medida, pues se toman las aventuras demasiado en serio. Mientras que yo creo realmente en el propio caballero. Incluso si alguien me dijera que jamás han sucedido esas cosas, yo seguiría creyendo en don Quijote como creo en la personalidad de un amigo». Véase Jorge Luis Borges, *Arte poética* (seis conferencias pronunciadas en inglés en la Universidad de Harvard, 1967-1968), traducción de Justo Navarro, prólogo de Pere Gimferrer, edición, notas y epílogo de Calin-Andrei Mihailescu, Barcelona: Editorial Crítica, 2001, págs. 114-15.

<sup>6</sup> Eso no impide que incluya planteamientos que Borges había de desarrollar en el futuro —la idea de que Cervantes, «de un modo burdo, opone a las ficciones caballerescas la pobre realidad provinciana de su país»— o que había expuesto ya, como el relativo al destino sufrido por la novela: «El Quijote —me dijo Menard— fue ante todo un libro agradable; ahora es una ocasión de brindis patrióticos, de soberbia gramatical, de obscenas ediciones de lujo. La gloria es una incompreensión y quizá la peor». Véase *Obras completas*, I, págs. 448 y 450.

<sup>7</sup> Prescindo de la niñez de Borges, o de la memoria de esa niñez. Borges asoció más de una vez el recuerdo de una improbable primera lectura del *Quijote* en inglés con el de la edición en castellano de la Casa Editorial Garnier Hermanos (París) que había en su casa: «Cuando después leí *Don Quijote* en su lengua original, me sonó como una mala traducción. Todavía recuerdo aquellos volúmenes rojos con letras doradas de la edición de Garnier. En algún momento, la biblioteca de mi padre fue dispersada, y cuando leí *El Quijote* en otra edición tuve la sensación de que ése no era el verdadero *Quijote*. Más tarde, un amigo me consiguió el Garnier, con los mismos grabados en acero, las mismas notas al pie y también las mismas erratas. Todas esas cosas forman para mí parte del libro: el que considero como verdadero *Quijote*». Aquellas lecturas tempranas tuvieron consecuencias, pues, al parecer, el primer cuento de Borges («fue una historia bastante absurda a la manera de Cervantes, un relato anacrónico llamado ‘La visera fatal’»). Véase Jorge Luis Borges, *Un ensayo autobiográfico*, edición del centenario (1899-1999), Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores / Emecé, 1999, págs. 18 y 16, respectivamente.

<sup>8</sup> Jorge Luis Borges, *Cartas del fervor. Correspondencia con Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda (1919-1928)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores / Emecé, 1999, pág. 220. Al concluir la década de los veinte, en el ensayo que dio título a *El idioma de los argentinos*, dejaría constancia una vez más de la opinión positiva que Cervantes le merecía: «Confieso —no de mala voluntad y hasta con presteza y dicha en el ánimo— que algún ejemplo de genialidad española vale por literaturas enteras: don Francisco de Quevedo, Miguel de Cervantes». Véase «El idioma de los argentinos», en *El idioma de los argentinos*, págs. 163-83 (174).

opinión de Macedonio Fernández, para quien Cervantes era «uno de sus dioses», según había de recordar el propio Borges en la introducción que en 1961 escribió para los escritos de su amigo que él mismo había seleccionado<sup>9</sup>. Esa apreciación positiva resultaría matizada en varias ocasiones por procedimientos diversos: en el «Prólogo» a *Inquisiciones*, quizá no sin ironía, equiparaba el *Quijote* al poema gauchesco *Fausto*, de Estanislao del Campo, incluidos ambos entre las obras dignas (por su ambiente) «de una inmortalidad de renombre»<sup>10</sup>, y en alguna página de ese primer volumen de ensayos se sentía «enhiesto y vivaz» entre los criollos «ese sonriente fatalismo mediante el cual las dos obras mejores de la literatura hispánica son dos ensalzamientos del fracaso: el *Quijote* en la prosa y la *Epístola moral* en el verso»<sup>11</sup>. En cuanto a Cervantes, solía salir peor parado: en «Ejercicio de análisis», incluido en *El tamaño de mi esperanza* (1926), los versos iniciales de un soneto atribuido a Lotario en la *Novela del curioso impertinente* —«En el silencio de la noche, cuando / ocupa el dulce sueño a los mortales,...» (*Quijote*, I-xxxiv)— llevaban a Borges a la conclusión lastimosa de que «su poesía, si la tienen, no es obra de él; es obra del lenguaje. La sola virtud que hay en ellos está en el mentiroso prestigio de las palabritas que incluyen»<sup>12</sup>; y el análisis de la frase «conocidísima y de claridad no dudosa» que abre la novela —la cláusula «de cuyo nombre no quiero acordarme» aparecerá reescrita en distintas circunstancias en los textos de Borges<sup>13</sup>— le permitía deducir que la realidad del paisaje de la Mancha entonces «no era visual, era sentimental, era realidad de provincianería chata, irreparable, insalvable», y que

<sup>9</sup> *Obras completas*, IV, pág. 54. El interés temprano de Borges por el *Quijote* también pudo verse determinado por su persistente atención a Evaristo Carriego, pues en este caso «el *Quijote* era su más frecuente lectura»; «Yo, en algún escrito mío, he imaginado a Carriego [...] leyendo el *Quijote* que tiene un hermoso poema en el cual Andresillo habla de don Quijote...». Véase Jorge Luis Borges, respectivamente, *Evaristo Carriego* (1930), en *Obras completas*, I, págs. 96-172 (115), y «En el 'Patio de Carriego'» (1975), en *Textos recuperados 1956-1986*, págs. 194-202 (197).

<sup>10</sup> *Inquisiciones*, Buenos Aires: Editorial Proa, 1925, págs. 5-7.

<sup>11</sup> «Queja de todo criollo», *Inquisiciones*, págs. 131-38 (134).

<sup>12</sup> «Ejercicio de análisis» (1925), en Jorge Luis Borges, *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires: Editorial Proa, 1926, págs. 107-14 (114).

<sup>13</sup> «En una calle de Palermo de cuyo nombre sí quiero acordarme y es la de Honduras...» («Carriego y el sentido del arrabal», *El tamaño de mi esperanza*, pág. 25); «En 1892 David Garnett, renovador del cuento imaginativo, nació en un lugar de Inglaterra de cuyo nombre el diccionario biográfico no se quiere acordar» (*Textos cautivos*, *Obras completas*, IV, pág. 264); «En un sitio de Irlanda (cuyo nombre no quieren recordar los diccionarios biográficos) nació a la vida, y tal vez a la inmortalidad, Lord Dunsany» (*Textos cautivos*, *Obras completas*, IV, pág. 283); «Un antiquísimo cuentero de cuyo nombre no quiero acordarme (es de Cervantes este festejado melindre y se lo devuelvo en seguida)...». Véase su prólogo a Vicente Huidobro, Alberto Hidalgo y Jorge Luis Borges, *Índice de la nueva poesía hispanoamericana* (1926), en *Textos recuperados 1921-1929*, Barcelona: Emecé, 1997, págs. 275-77 (275).

Cervantes —a diferencia de Quevedo— «no lo vio»<sup>14</sup>, según opinión que hizo constar en «Indagación de la palabra» (1927), un ensayo integrado finalmente en *El idioma de los argentinos*.

En su mayoría, esas presencias dispersas en diversos ensayos de los años veinte hacen de los textos cervantinos una referencia más en la búsqueda personal de Borges, la búsqueda que tempranamente lo había alejado de la experiencia ultraísta y lo mostraba especialmente interesado en los secretos de la expresión literaria. Cervantes, desde luego, no parecía en ese aspecto un ejemplo para seguir, como Quevedo<sup>15</sup>, o de lo que había que evitar, como Góngora. Las opiniones de Leopoldo Lugones, para quien «el estilo es la debilidad de Cervantes»<sup>16</sup>, y de Paul Groussac, quien se refirió a «la contextura generalmente desmayada de esa prosa de sobremesa»<sup>17</sup>, sin duda habían actuado sobre Borges, pero, significativamente, el autor del *Quijote* pronto resultó favorecido por esas mismas limitaciones: en «La supersticiosa ética del lector», un ensayo cuya primera versión («El estilo y el tiempo») había aparecido en el periódico *La Prensa* de Buenos Aires el 22 de abril de 1928 y cuya versión final terminó incluida entre los ensayos del libro *Discusión* (1932), Borges opinaba que, frente a la

<sup>14</sup> «Indagación de la palabra», *El idioma de los argentinos*, págs. 9-28 (12-13). No es improbable que esa apreciación fuese una deuda de Borges con Paul Groussac, según se desprende de esta tardía declaración de 1977: «...en el *Quijote*, según ha observado Groussac, no hay paisajes, que no eran vistos por nadie; por consiguiente no existían». Véase *Textos recobrados 1956-1986*, pág. 341.

<sup>15</sup> «En vez de la visión abarcadora que difunde Cervantes sobre el ancho curso de una idea, Quevedo pluraliza las vislumbres en una suerte de fusilería de miradas parciales», lo que de algún modo resultaba acorde con las propuestas ultraístas. Véase Jorge Luis Borges, «Menoscabo y grandeza de Quevedo» (1924), en *Inquisiciones*, págs. 46-5 (44-45).

<sup>16</sup> «Ahora bien, el estilo es la debilidad de Cervantes, y los estragos causados por su influencia han sido graves. Pobreza de color, inseguridad de estructura, párrafos jadeantes que nunca aciertan con el final, desenvolviéndose en convólvulos interminables; repeticiones, falta de proporción, ese fue el legado de los que no viendo sino en la forma la suprema realización de la obra inmortal, se quedaron royendo la máscara cuyas rugosidades escondían la forma y el sabor». Véase Leopoldo Lugones, *El imperio jesuítico. Ensayo histórico*, segunda edición corregida y aumentada, Buenos Aires: Arnoldo Moen y Hermano, Editores, 1907, págs. 53-4.

<sup>17</sup> «Si han de describirse las cosas como son, después de examinadas con el ojo desnudo del crítico, y no de la lente que las agranda o del prisma que las irisa, deberemos confesar que una buena mitad de la obra es de por demás floja y desaliñada, lo cual haría justificar lo del 'humilde idioma' que los rivales de Cervantes le achacaban. Y con esto no me refiero única ni principalmente a las impropiedades verbales, a las intolerables repeticiones o retruécacos, a los detalles repugnantes que nos chocan, ni, por fin, a los retazos de pesada grandilocuencia que nos abruman; sino a la contextura generalmente desmayada de esa prosa de sobremesa: a su fácil chorrear de aguachirle, que disuena —sin necesidad de acudir a comparaciones extrañas— con tantos pasajes de estilo expresivo y fuerte como abundan en las *Novelas ejemplares* y en este mismo *Quijote*». Véase «Segunda conferencia. Génesis, realización y evolución mundial del *Quijote*», en Paul Groussac, *Crítica literaria* (1924), Buenos Aires: Hyspamérica Ediciones Argentinas, 1985, págs. 36-56 (52).

precariedad de la página perfecta, «la página que tiene vocación de inmortalidad puede atravesar el fuego de las erratas, de las versiones aproximativas, de las distraídas lecturas, de las incomprensiones, sin dejar el alma en la prueba. No se puede impunemente variar (así lo afirman quienes restablecen su texto) ninguna línea de las fabricadas por Góngora; pero el *Quijote* gana póstumas batallas contra sus traductores y sobrevive a toda descuidada versión. Heine, que nunca lo escuchó en español, lo pudo celebrar para siempre. Más vivo es el fantasma alemán o escandinavo o indostánico del *Quijote* que los ansiosos artificios verbales del estilista»<sup>18</sup>. En «La postulación de la realidad», ensayo de 1931 también incluido en *Discusión*, Borges recurriría a un fragmento del *Quijote* (I-xxxiv) para justificar la inclusión de Cervantes entre los escritores «de hábito clásico» que no desconfían del lenguaje, que creen «en la suficiente virtud de cada uno de sus signos»<sup>19</sup>. En 1946, en el prólogo que redactó para las *Novelas ejemplares*, pareció dejar definitivamente fijada su posición en este aspecto: «Juzgado por los preceptos de la retórica, no hay estilo más deficiente que el de Cervantes. Abunda en repeticiones, en languideces, en hiatos, en errores de construcción, en ociosos o perjudiciales epítetos, en cambios de propósito. A todos ellos los anula o los atempera cierto encanto esencial. Hay escritores —Chesterton, Quevedo, Virgilio— integralmente susceptibles de análisis; ningún procedimiento, ninguna felicidad hay en ellos que no pueda justificar el retórico. Otros —De Quincey, Shakespeare— abarcan zonas refractarias a todo examen. Otros, aún más misteriosos, no son analíticamente justificables. No hay una de sus frases, revisadas, que no sea corregible; cualquier hombre de letras puede señalar los errores; las observaciones son lógicas, el texto original no lo es; sin embargo, así incriminado el texto es eficazísimo, aunque no sepamos por qué. A esa categoría de escritores que no puede explicar la razón pertenece Miguel de Cervantes»<sup>20</sup>.

Resulta evidente que no era el estilo —o las «habilidades aparentes»— de Cervantes lo que atraía su interés, como había puesto de manifiesto en «La supersticiosa ética del lector» al observar que «no era estilista (a lo menos en la presente acepción acústico-decorativa de la palabra) y que le interesaban demasiado los destinos de Quijote y de Sancho para dejarse distraer por su propia voz»<sup>21</sup>. Consecuente con esos planteamientos, se empeñaría en rescatar la «vida póstuma» de Cervantes del «purgatorio extraño» en que sufría, como quedó patente en «Una sentencia del Quijote», artículo publicado en el *Boletín de la Biblioteca Popular de Azul* (provincia de Buenos Aires) en octubre de 1933: «Su novela, su

<sup>18</sup> «La supersticiosa ética del lector», *Obras completas*, I, págs. 202-5 (204).

<sup>19</sup> «La postulación de la realidad», *Obras completas*, I, págs. 217-21 (217).

<sup>20</sup> *Obras completas*, IV, págs. 45-7 (47).

<sup>21</sup> *Obras completas*, I, págs. 202-3.

única novela, el *Quijote* —lenta presentación total de una gran persona, a través de muchísimas aventuras, para que la conozcamos mejor— ha sido denigrada a libro de texto, a ocasión de banquetes y de brindis, a inspiración de cuadros vivos, de suplementos domingueros en rotograbado, de obscenas ediciones de lujo, de libros que más parecen muebles que libros, de alegorías evidentes, de versos de todos los tamaños, de estatuas. Es la común tarifa de la gloria, se me dirá. Pero hay algo peor. La Gramática —que es el presente sucedáneo español de la Inquisición— se ha identificado con el *Quijote*, nunca sabré por qué. El Purismo, no menos inexplicable y violento, lo ha hecho suyo también —pese a las aficiones itálicas de Cervantes»<sup>22</sup>. Desde las páginas de la revista *El Hogar* había de insistir en la misma opinión: al reseñar *Milton*, de Hilaire Belloc, señalaba el 2 de diciembre de 1938 que «el culto inglés de Milton es comparable al culto español de Miguel de Cervantes. Supersticiosamente se ha declarado que la prosa de los dos es perfecta. Entre nosotros, Lugones y Groussac denunciaron la idolatría cervantina»<sup>23</sup>; al comentar el 5 de mayo de 1939 *Introducing Shakespeare*, de G. B. Harrison, insistió en que «podría argumentarse que el cervantismo ha empobrecido singularmente a España», pues «el cervantista es un coleccionador de proverbios. A España, más que el cervantismo le hubiera convenido el quevedismo»<sup>24</sup>. En la revista *Realidad*, en 1947, su «Nota sobre el Quijote» reflexionaría sobre la paradójica gloria del libro: «Los ministros de la letra lo exaltan; en su discurso negligente ven (han resuelto ver) un dechado del estilo español y un confuso museo de arcaísmos, de idiotismos y de refranes. Nada los regocija como simular que este libro (cuya universalidad no se cansan de publicar) es una especie de secreto español, negado a las naciones de la tierra pero accesible a un grupo selecto de aldeanos»<sup>25</sup>. Años después, en el poema «España» incluido en *El otro, el mismo* (1964), no perdería la ocasión para recordar «la aberración del gramático / que ve en la historia del hidalgo / que soñaba ser don Quijote y al fin lo fue, / no una amistad y una alegría / sino un herbario de arcaísmos y un refranero»<sup>26</sup>.

<sup>22</sup> «Una sentencia del Quijote», *Textos recuperados 1931-1955*, Barcelona: Emecé, 2002, págs. 62-5 (65). Desde los años veinte Borges insistía en alejar a Cervantes del «provincianismo remilgado que ejerce la Academia»: «No es de altos ríos soslayar la impureza, sino aceptarla y convertirla en su envión. Así lo entendieron los hombres del siglo diez y siete: así lo comprendió [...] el agringado Cervantes que se jactó del cauce de dulzura que abrió en nuestro lenguaje». Véase su prólogo a *Índice de la nueva poesía americana*, en *Textos recuperados 1921-1929*, pág. 277.

<sup>23</sup> *Textos cautivos, Obras completas*, IV, pág. 405.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 429.

<sup>25</sup> «Nota sobre el Quijote», *Textos recuperados 1931-1955*, págs. 251-53 (251).

<sup>26</sup> «España» (1964), *Obras completas*, Barcelona: Emecé, vol. II, 1989, págs. 309-10 (309).

Aunque fueron cuestiones de estilo primordialmente las que ocuparon a Borges cuando se acordó de Cervantes durante los años veinte<sup>27</sup>, que sus intereses eran e iban a ser otros quedaba de manifiesto ya en su demorado análisis de «La conducta novelística de Cervantes», ensayo publicado en marzo de 1928 en la revista *Criterio* y recogido en *El idioma de los argentinos*. Borges no veía en esa obra capital «una pura parodia de los libros de caballería» ni «una repartición de nuestra alma en dos apuradas secciones: la de la siempre desengañada generosidad y la de lo práctico»<sup>28</sup>. Puesto que, a su parecer, «ni lo paródico ni lo alegórico son valederas manifestaciones de arte»<sup>29</sup>, nunca creyó que esos fueran los atractivos del *Quijote*, sino ante todo «la venerable y satisfactoria presentación de una gran persona, pormenorizada a través de doscientos trances, para que la conozcamos mejor»<sup>30</sup>. Si «ninguna otra conducta de novelista fue tan deliberadamente paradójica y arriesgada como la de Cervantes»<sup>31</sup>, como Borges señalaba, ello derivaría del insólito tratamiento (ajeno a cualquier consideración) que dio a don Quijote: «Imperturbable, como quien no quiere la cosa, lo levanta a semidiós en nuestra conciencia, a fuerza de sumarias relaciones de su virtud y de encarnizadas malandanzas, calumnias, omisiones, postergaciones, incapacidades, soledades y cobardías»<sup>32</sup>. Para probar sus aseveraciones, se fijó entonces en el episodio de los consejos a Sancho, que induce a percibir la envidia de don Quijote, y antes y sobre todo en el posteriormente muy recordado fin del hidalgo, en aquella ocasión con la consecuente valoración relativa a la absoluta y única soledad de un héroe arrepentido de su heroísmo en la hora final: «El cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaban, dio su espíritu; quiero decir que murió (*sic*). Así, con aparatoso desgano, se despidió Miguel de Cervantes de don Quijote»<sup>33</sup>; la conclusión era inevitable: «Atropellos y desmanes son los que dije que evidencian la confianza de su escritor en la invulnerabilidad central de su héroe. Sólo en Cervantes ocurren valentías de ese orden»<sup>34</sup>. Las opiniones sobre el *Quijote* y su autor parecen en ese ensayo ya en buena medida elaboradas para siempre, según confirman textos posteriores. En varias ocasiones reclamaría

---

<sup>27</sup> Eso no le impidió recordar, a propósito de los rufianes y ladrones del arrabal porteño, que Cervantes había declarado esos oficios «de grande importancia en la república», y que había dado lugar preeminente a la germanía o «lunfardo hispánico» en *Rinconete y Cortadillo*. Véase «Inyectiva contra el arrabalero», *El tamaño de mi esperanza*, págs. 136-44 (136 y 140).

<sup>28</sup> «La conducta novelística de Cervantes», *El idioma de los argentinos*, págs. 139-46 (139).

<sup>29</sup> *Ibid.*, pág. 140.

<sup>30</sup> *Id.*

<sup>31</sup> *Ibid.*, pág. 139.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pág. 141.

<sup>33</sup> *Ibid.*, págs. 142-43.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pág. 146.



la atención para el relato de la muerte del hidalgo y ese desganado «quiero decir que se murió» con el que Cervantes la despacha: «¿No es de irresistible eficacia el *quiero decir*? ¿No es conmovedor que todos maltraten a Don Quijote y que ese *todos* incluya también a Cervantes?»<sup>35</sup>, insistía en la citada «Nota sobre el Quijote». Su «Análisis del último capítulo del Quijote», aparecido en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* en 1956, declararía que «el libro entero ha sido escrito para esta escena», y recordaría de nuevo la indiferencia de Cervantes ante la muerte de su héroe para concluir que «acaso esta crueldad es un pudor y Cervantes y don Quijote se entienden bien y se perdonan»<sup>36</sup>.

Así culminaba un proceso que había permitido a Borges captar la carga emocional que impregnaba esa novela que sobrellevaba uno de los peores títulos posibles<sup>37</sup> y que conseguía estrechar sólidos lazos de amistad entre los personajes, su creador y los lectores. Su valoración de don Quijote y de Sancho había mostrado algunas vacilaciones, como cuando en 1941, al comentar *La tierra purpúrea* de Guillermo Enrique Hudson, recordó sin entusiasmo que «Cervantes moviliza dos tipos: un hidalgo ‘seco de carnes’, alto, ascético, loco y altisonante; un villano carnoso, bajo, comilón, cuerdo y dicharachero: esa discordia tan simétrica y persistente acaba por quitarles realidad, por disminuirlos a figuras de circo»<sup>38</sup>. Rectificando, en «Nota sobre el Quijote» aseguró

<sup>35</sup> *Textos recobrados 1931-1955*, pág. 252.

<sup>36</sup> «Análisis del último capítulo del *Quijote*», en *Textos recobrados 1956-1986*, págs. 13-25 (24-25). En 1977, al prologar las *Obras completas* de Lewis Carroll, matizaría esa interpretación al recordar —como la de Carroll al despedirse de «los sueños queridos que poblaron su soledad»— «la melancolía de Miguel de Cervantes, cuando se despidió de su amigo y de nuestro amigo, Alonso Quijano, ‘el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió’». Véase *Obras completas*, IV, págs. 102-4 (104). Una nota a pie de página en «El verdugo piadoso» —*Sur*, núm. 163, mayo de 1948, págs. 9-12 (10)— recordaba que «Andrew Lang refiere que Dumas lloró cuando dio muerte a Porthos». Al incluir ese texto en *Nueve ensayos dantescos* (1982), Borges añadiría: «Parejamente sentimos la emoción de Cervantes, cuando muere Alonso Quijano: ‘el cual entre compasiones y lágrimas los que allí se hallaron (*sic*), dio su espíritu: quiero decir que se murió’» (*Obras completas*, Barcelona: Emecé, vol. III, 1989, pág. 358, nota 2). En 1969, en una conferencia pronunciada en la Universidad de Texas, en Austin, Borges había señalado que «de algún modo sentimos que Cervantes lo lamenta mucho, que Cervantes está tan triste como nosotros». Véase Julio Ortega, «Borges sobre el *Quijote*: una conferencia recobrada», *Ínsula* núm. 631-632, julio-agosto de 1999, págs. 3-5 (5).

<sup>37</sup> «...no es aventurado afirmar que las obras más célebres de la literatura mundial tienen los peores títulos. Por ejemplo: parece muy difícil concebir un título más opaco y más ciego que *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, aunque debo reconocer que *Los pesares del joven Werther* y *Crimen y castigo* son, a su modo, casi tan execrables...» Véase «La última novela de H. G. Wells» (1938), *Textos cautivos*, *Obras completas*, IV, págs. 404-405 (404).

<sup>38</sup> «Sobre *The Purple Land*», *Otras inquisiciones*, en *Obras completas*, II, págs. 111-14 (111). No es improbable que la búsqueda personal de Borges y las propuestas narrativas que entrañaba determinasen por algún tiempo una valoración menos optimista del *Quijote*, al parecer culpable de incurrir, como *El asno de oro* o los viajes de Simbad, «en la mera variedad sucesiva» en una época en la que el escritor

que «el Sancho y el Quijote de la leyenda pueden ser abstracciones; no los del libro, que son individuales y complejísimos», para concluir que «antes de don Quijote, los hombres creados por el arte eran personajes propuestos a la piedad o a la admiración de los hombres; don Quijote es el primero que merece y que gana su amistad. Dulcemente ha ganado la amistad del género humano, desde que ganó, hace tres siglos, la del valeroso y pobre Cervantes»<sup>39</sup>. La valoración de su creador tampoco había sido uniformemente positiva: en *La Prensa* de Buenos Aires, al ocuparse el 20 de febrero de 1927 del «Quevedo humorista», aprovechaba la ocasión para considerar a Cervantes «desaparecido por don Quijote y por Sancho, y por Maritornes, más reales que su padre»<sup>40</sup>; «Hay hombres venerados que sospechamos sin embargo inferiores a la obra que cumplieron. (Verbigracia, Cervantes y su *Quijote*; verbigracia, Hernández y *Martín Fierro*)»<sup>41</sup>, insistiría el 23 de febrero de 1939 desde las páginas de *El Hogar*. Pero en esas mismas páginas admitiría poco después, al reseñar *The Holy Terror* de H. G. Wells, que «resulta imposible escribir una novela larga [...] sin identificarse de algún modo con el protagonista. Sancho y Quijote se van pareciendo a Cervan-

---

argentino se inclinaba —también frente a la novela psicológica y la novela «de caracteres»— por el rigor de las tramas que creía encontrar en la novela de aventuras —«un objeto artificial que no sufre ninguna parte injustificada»— y en «las ficciones de índole policial», como escribió en su prólogo a *La invención de Morel* (1940) de Adolfo Bioy Casares (véase *Obras completas*, IV, págs. 25-6). No hay que olvidar que en «La supersticiosa ética del lector» Borges había reprochado a la crítica española que, ante la «probada excelencia» del *Quijote*, no hubiera querido pensar «que su mayor (y tal vez único irrecusable) valor fuera el psicológico» (*Obras completas*, I, pág. 202). En 1939, Borges, Bioy Casares y Silvina Ocampo situaban entre lo que un fallecido y apócrifo escritor francés aconsejaba evitar en literatura las «parejas de personajes burdamente disímiles: Quijote y Sancho, Sherlock Holmes y Watson», en una atmósfera relacionable con «Pierre Menard, autor del Quijote», según el testimonio de Bioy: «Si no me equivoco, la tarde en que anotamos las prohibiciones, Borges nos refirió *Pierre Menard*». Véase Adolfo Bioy Casares, «Libros y amistad» (1964), en Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, *Museo. Textos inéditos*, edición a cargo de Sara Luisa del Carril y Sara Rubio de Zocchi, Buenos Aires: Emecé Editores, 2002, págs. 9-22 (16 y 19, respectivamente).

<sup>39</sup> *Textos recuperados 1931-1955*, págs. 252-253. Frente a la condición de símbolos que con frecuencia se asignaba a don Quijote y a Sancho, Borges ya proclamaba en «Nota sobre el *Quijote*» la preferencia por una significación afectiva que iba a mantener hasta el fin de sus días: «lo que niego es la hipótesis monstruosa de que esos españoles, amigos nuestros, no sean gente de este mundo sino las dos mitades de un alma» (*Textos recuperados 1931-1955*, pág. 252). Al abordar el análisis del último capítulo de la novela, Borges había de plantear la exigencia previa de que «sintamos a don Quijote y a Sancho como amigos nuestros. Cervantes, en ese capítulo final, no define o crea a los personajes; trata con viejos amigos suyos y nuestros». Véase *Textos recuperados 1956-1986*, pág. 13.

<sup>40</sup> «Quevedo humorista», *Textos recuperados 1919-1929*, págs. 284-88 (284). «Quijote y Sancho son más reales que el soldado español que los inventó», insistiría en «Flaubert y su destino ejemplar», artículo publicado en el diario *La Nación* el 12 de diciembre de 1954 e incluido en la segunda edición de *Discusión* (1957). Véase *Obras completas*, I, págs. 263-66 (265-266).

<sup>41</sup> «Dos semblanzas de Coleridge», *Textos cautivos, Obras completas*, IV, pág. 415.

tes»<sup>42</sup>. La amistad con los personajes se extiende hasta su creador, que en el prólogo a las *Novelas ejemplares* —el *Quijote* se ha convertido para entonces en «la primera y la más íntima de las novelas de caracteres y el postrimero y el mejor de los libros de caballerías»<sup>43</sup>— es ya un hombre «tolerante en un siglo de intolerantes»<sup>44</sup>, un hombre complejo en el que, «como en Jekyll, hubo por lo menos dos hombres: el duro veterano, ligeramente *miles gloriosus*, lector y gustador de sueños quiméricos, y el hombre comprensivo, indulgente, irónico y sin hiel, que Groussac, que no lo quería, pudo equiparar a Montaigne»<sup>45</sup>. En perjuicio de sus obras, ahora declaraba buscar los rasgos del viejo Cervantes, y así, aunque detectara en las *Novelas ejemplares* «mucho de aquella extravagancia que condenaron el cura y el barbero y que lograría su increíble culminación en los ulteriores *Trabajos de Persiles y Sigismunda*»<sup>46</sup>, encontraba el principal atractivo de esas ficciones —como pensaba que les había ocurrido a los contemporáneos del escritor— «en la manera de Cervantes; casi diríamos, en la voz de Cervantes»<sup>47</sup>, precisamente en ese estilo «conversado» de alguien a quien, como resumiría en 1951 al prologar *Retorno a Don Quijote* de Alberto Gerchunoff, «en un siglo y en un país de vanidosa artesanía retórica, lo atrajo lo esencial del hombre, ya como tipo, ya como individuo»<sup>48</sup>. En 1979, ya anciano, Borges

<sup>42</sup> *Textos cautivos, Obras completas*, IV, pág. 420.

<sup>43</sup> *Obras completas*, IV, pág. 45.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pág. 46. «Cervantes es un hombre contemporáneo de la Inquisición, pero es tolerante, es un hombre que no tiene ni las virtudes ni los vicios españoles», insistiría en «El libro» (1978), en *Borges oral* (1979), *Obras completas*, IV, págs. 165-71 (169).

<sup>45</sup> *Ibid.*, pág. 45.

<sup>46</sup> *Id.*

<sup>47</sup> *Ibid.*, pág. 46.

<sup>48</sup> Véase su prólogo a Alberto Gerchunoff, *Retorno a don Quijote*, en *Obras completas*, IV, págs. 64-5 (64). La versión original invocaba varios títulos para ejemplificar esa distinción: «Destino paradójico el de Cervantes. En un siglo y un país de artesanía retórica, lo atrajo lo esencial del hombre, ya como tipo (*Rinconete y Cortadillo, La española inglesa, La fuerza de la sangre*), ya como individuo (*El celoso extremeño, El licenciado Vidriera*); inventó y compuso el *Quijote*, que es el último libro de caballería y la primera novela psicológica de la literatura occidental, y, una vez muerto, lo tomaron por ídolo las personas que menos se parecen a él, los gramáticos» (véase el prólogo a Alberto Gerchunoff, *Retorno a don Quijote*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1951, pág. 9). A las opiniones de Lugones y Groussac, Borges sumaba la de Gerchunoff, quien resumió para él en Juan Montalvo las limitaciones de la crítica cervantina del siglo XIX en la medida en que el escritor ecuatoriano «se ejercitó talentosamente en un deporte suntuario de la inteligencia, sin acercarse a Cervantes, inclasificable entre los escritores castizos, constreñidos a la celosa pureza verbal y a la tradición gramaticalista de la lengua» (véase *Retorno a don Quijote*, pág. 83). Montalvo se convertía así en representante de una época equivocada: «En un siglo en que la grandeza parecía vedada al ejercicio de la lengua española, en aquel siglo en que Montalvo no descubría otro camino de perfección que el remedo mecánico de los hábitos verbales del *Quijote*, Sarmiento pudo producir, casi con inocencia, una labor orgánica...», escribía Borges en «Sarmiento» (1961): véase *Textos recobrados 1956-1986*, págs. 69-70 (69). En la conferencia de Austin insistiría en que el

tendría otra oportunidad de recordar a Gerchunoff, «uno de los pocos lectores de Cervantes», para expresar una valoración de *Don Quijote* que también (y sobre todo) ya era la suya: «Cervantes, en el siglo XIX, no fue leído como se hubiera debido. Fue leído por gente como Montalvo que, evidentemente, no lo entendieron nunca, que buscaron en él un mero acopio de palabras, de arcaísmos cuando no de piezas sacadas del refranero de Sancho. En cambio Gerchunoff comprendió que la importancia de Cervantes consistía en haber dejado a la humanidad dos amigos íntimos: Alonso Quijano, que quiso ser don Quijote y llegó a serlo, y Sancho Panza»<sup>49</sup>. Borges no hacía sino confirmar la prolongada amistad que él también había sentido: «yo diría que la amistad es nuestra pasión argentina», señalaba al recordar que la literatura también estaba tejida de amistades, y entre ellas la que le unía a don Quijote y a su escudero<sup>50</sup>.

Las citas anteriores permiten inferir que el interés de Borges se centra en el *Quijote* —y sobre todo en su segunda parte, la preferida<sup>51</sup>—, en perjuicio del resto de la obra de Cervantes. Con esa novela (y con su autor), exclusivamente, guardan relación algunos textos que ya no se limitan a discutir su calidad y su significación, sino que demuestran la apropiación y la reelaboración que Borges hizo de una ficción en la que sin duda creía encontrar afinidades profundas. Por cierto, antes de que esas afinidades afectasen a su obra de creación, llegó a ver en don Quijote el símbolo de un lazo oculto que uniría a argentinos y españoles, y en consecuencia algo íntimamente suyo. Esa intuición había empezado

siglo XIX apreció el *Quijote* «por razones equivocadas» y explicaría que en «el ejercicio de Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, descubrimos que Cervantes fue admirado por la gran variedad de proverbios que conocía» («Borges sobre el *Quijote*: una conferencia recobrada», pág. 3).

<sup>49</sup> «Alberto Gerchunoff, *Figuras de nuestro tiempo*. Borges conversa sobre Gerchunoff», en Jorge Luis Borges, *El círculo secreto. Prólogos y notas*, págs. 77-82 (80-81).

<sup>50</sup> Véase «*La Divina Comedia*» (1977), en *Siete noches* (1980), *Obras completas*, III, págs. 207-20 (213).

<sup>51</sup> «‘Nunca segundas partes fueron buenas’ dijo (para que le dijeran que no) Miguel de Cervantes en el principio de un Quijote segundo que aventaja notoriamente al primero», afirmaba Borges en «*La vuelta de Martín Fierro*» (1935). Véase *Textos recobrados 1931-1955*, págs. 126-30 (126). Para adentrarse en sus diferencias, merecen atención sus reflexiones sobre las distintas posibilidades de esa forma de novela en la que «el héroe se echa a andar y le salen al paso sus aventuras», a dos de las cuales podría adscribirse el *Quijote*: en la primera parte, «los hechos cumplen la función de mostrar el carácter del héroe, cuando no sus absurdidades y manías»; en la segunda «el movimiento es doble, recíproco: el héroe modifica las circunstancias, las circunstancias modifican el carácter del héroe» («Sobre *The Purple Land*», pág. 111). Entre las cosas que incluía en «*Lo nuestro*», poema que dio a conocer en 1983 —«Amamos lo que no conocemos, lo ya perdido»—, reaparecía «el recuerdo, no la lectura, de la segunda parte del Quijote» (*Textos recobrados 1956-1986*, pág. 236); cumplidos los ochenta años, insistiría en señalar sus preferencias, que aún daban a la novela un lugar entre sus (re)lecturas: «No descuido la segunda parte del *Quijote*, más íntima y tranquila que la primera», declaraba en el diario *La Prensa* el 16 de agosto de 1979 (*Textos recobrados 1956-1986*, pág. 353).

a abrirse camino ya en 1932, cuando en una nota dedicada a Edgar Wallace y la narrativa policial atribuyó a los ingleses un «apetito de legalidad» extraño o inconcebible para el criollo, y en consecuencia, claro está, para «Martín Fierro, el santo desertor del ejército, y el aparcerero Cruz, el santo desertor de la policía»<sup>52</sup>. Poco después, en «Una sentencia del Quijote», recordó un fragmento del capítulo XXII de la primera parte de la novela en el cual —con la mediación probable de Samuel Taylor Coleridge, quien en 1818 había asegurado que ése era tal vez el único pasaje del *Quijote* «en el que el autor prescinde de la máscara de su héroe y habla directamente»<sup>53</sup>— creía reconocer en la de su héroe la voz de Cervantes: «SEÑORES GUARDAS, ESTOS POBRES NO HAN COMETIDO NADA CONTRA VOSOTROS; ALLÁ SE LA HAYA CADA UNO CON SU PASADO (*sic*). DIOS HAY EN EL CIELO QUE NO SE DESCUIDA DE CASTIGAR AL MALO NI DE PREMIAR AL BUENO, Y NO ES BIEN QUE LOS HOMBRES HONRADOS SEAN VERDUGOS DE LOS OTROS HOMBRES NO YÉNDOLAS NADA EN ELLO»<sup>54</sup>. En ese episodio había encontrado ya el símbolo de la afinidad mencionada: «Siempre he sabido que esas tan decentes palabras eran un secreto que los hombres de nuestra América sólo podemos compartir con los hombres de España»<sup>55</sup>. Desde luego, ese secreto compartido estribaba en que España y los países de Hispanoamérica permanecerían ajenos a «la despiadada y fingida pasión de la legalidad»<sup>56</sup> padecida por las demás naciones occidentales, donde los individuos se identificarían sin esfuerzo con el Estado. Borges recordaba de nuevo a Martín Fierro, aunque la presencia del gaucho, allí todavía en función de mostrar que la ilegalidad «no nos apasiona», no tenía aún el significado definitivo que había de darle en «Nuestro pobre individualismo», artículo publicado en *Sur* en julio de 1946 e incluido en *Otras inquisiciones* (1952), donde insistió en que el argentino siente con don Quijote que «allá se lo haya cada uno con su pecado» y que «no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello», antes de concluir: «Más de una vez, ante las vanas simetrías del estilo español, he sospechado que diferimos insalvablemente de España; estas dos líneas han bastado para convencerme de error; son como el símbolo tranquilo y secreto de nuestra afinidad. Profundamente lo confirma una noche de la literatura argentina: esa desesperada noche en la que un sargento de la policía rural gritó que no iba a consentir el delito de que se matara a un valiente y se puso a pelear contra sus soldados, junto al desertor Martín Fierro»<sup>57</sup>. Frente a la intromisión del Estado en los actos del individuo, frente a

52 «Edgar Wallace», en *Textos recobrados 1931-1955*, págs. 20-1 (20).

53 «Una sentencia del Quijote», *Textos recobrados 1931-1955*, págs. 62-5 (65).

54 *Ibid.*, pág. 62.

55 *Id.*

56 *Ibid.*, pág. 63.

57 «Nuestro pobre individualismo», *Obras completas*, II, págs. 36-7 (36).

ese mal que para Borges encarnaban comunismo y nazismo y que desde 1945 concretaba en el gobierno de Juan Domingo Perón su manifestación nacional, el individualismo argentino, antes tal vez perjudicial, encontraba ahora «justificación y deberes»<sup>58</sup>. El fragmento se reiteraría sin apenas variaciones en «Un misterio parcial», incluido en 1955 en la segunda edición de *Evaristo Carriego*, como parte de una «Historia del tango». En este nuevo contexto, que era el del culto del coraje que Borges buscaba en tangos y milongas, esa desesperada noche de *Martín Fierro* parecía revelar la condición secreta del argentino que, «en trance de pensarse valiente», no se identifica con el pasado militar de su país sino «con las vastas figuras genéricas del gaucho y del compadre»<sup>59</sup>, mientras que la presencia de don Quijote se limitaría a testimoniar los valores de un pueblo que no se identifica con el Estado. Pero probablemente Borges sentía que el hidalgo no era ajeno al coraje, y que también en ese aspecto constituía un símbolo de la afinidad entre españoles y argentinos: no en vano, al comentar poco después el último capítulo de la novela, había de señalar el valor con que se enfrentó a los gigantes y después a la muerte<sup>60</sup>.

Para entonces Borges ya había escrito los cuentos que le darían fama universal. Aunque para el simbolista Pierre Menard «el Quijote es un libro contingente, el Quijote es innecesario»<sup>61</sup>, Borges había de dedicarle una atención creciente. Entre los aspectos que atraían especialmente su interés, cabe señalar el relativo a las relaciones entre realidad y ficción que entrañaba la novela: en *El Hogar*, en 1939, publicó «Cuando la ficción vive en la ficción», donde recordaba que «Cervantes incluyó en *El Quijote* una novela breve» a la hora de invocar obras pictóricas y sobre todo literarias (el *Libro de las mil y una noches* y *Hamlet*, pero también *L'illusion comique*, de Pierre Corneille, *Der Golem*, de Gustav Meyrink, y *At Swim-Two-Birds*, de Flann O'Brien) que le permitieran llegar a la conclusión provisional que buscaba: «Arturo Schopenhauer escribió que los sueños y la vigilia eran hojas de un mismo libro y que leerlas en orden era vivir, y hojearlas, soñar. Cuadros dentro de cuadros, libros que se desdoblán

<sup>58</sup> *Ibid.*, pág. 37.

<sup>59</sup> «Un misterio parcial», *Obras completas*, I, págs. 162-63 (162).

<sup>60</sup> «Alonso Quijano está en posesión de su cordura. No lo ha abandonado aquella virtud que lo acompañó a lo largo de sus empresas y que no fue tocada por la locura; hablo de su coraje. Está bien que ahora, ante esta aventura de lucidez, ante esta aventura final que es más tremenda que las otras, se muestre como siempre valiente. Antes se enfrentó con los gigantes o con los que creía gigantes y no tuvo miedo; ahora sabe que toda su vida ha sido un engaño y no siente miedo» (*Textos recobrados 1956-1986*, pág. 18). «D'Artagnan ejecuta hazañas innumerables y don Quijote es apaleado y escarnecido, pero el valor de don Quijote se siente más», había observado Borges en una «Nota sobre (hacia) Bernard Shaw» publicada en *Sur* en 1951 e incluida en *Otras inquisiciones*. Véase *Obras completas*, II, págs. 125-27 (126).

<sup>61</sup> *Obras Completas*, I, pág. 448.

en otros libros, nos ayudan a intuir esa identidad»<sup>62</sup>. En 1948, en su prólogo a *Arquitecturas del insomnio* de Ema Risso Platero, daría una significación más personal a esa intuición al anotar que «cada libro es un orbe ideal, pero suele agradarnos que el autor lo confunda con el universo común e incluya en su ámbito hechos que es tradicional ignorar: verbigracia, la existencia del propio libro. Nos agrada que los protagonistas de la segunda parte del Quijote hayan leído la primera, como nosotros; nos agrada que Eneas, al errar por las calles de Cartago, mire esculpidas en el frontispicio de un templo las batallas de Ilión y, entre tantas imágenes dolorosas, también su propia efigie; nos agrada que en la noche seiscientos dos de las *1001 Noches*, la reina Shahrazad refiera la historia que sirve de prefacio a las otras, a riesgo de llegar otra vez a la noche en que la refiere, y así hasta lo infinito»<sup>63</sup>. El proceso culminaría en 1949 con «Magias parciales del Quijote», artículo publicado en *La Nación* (luego incluido en *Otras inquisiciones*) donde Borges observaba con asombro cómo el barbero, forma del sueño de Cervantes, juzga a Cervantes al realizar con el cura el «donoso y grande escrutinio» de la biblioteca de don Quijote, en el capítulo VI de la primera parte, y se sorprendía al saber en el capítulo IX que el relato original estaba escrito en árabe, y al comprobar en la segunda parte que los personajes de la novela han leído la novela. Borges relacionó esas extrañas ambigüedades con otras que la literatura registra, y trató de explicar su inquietante atractivo: «tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios»<sup>64</sup>.

Paralelamente a estas reflexiones, que llevaban las particularidades metano-velescas del *Quijote* hasta sus últimas consecuencias existenciales y metafísicas, Borges aprovechó la obra de Cervantes para analizar los poderes de la litera-

<sup>62</sup> *Textos cautivos, Obras completas*, IV, págs. 433-35 (433 y 435, respectivamente).

<sup>63</sup> *Textos recobrados 1931-1955*, págs. 258-59 (259).

<sup>64</sup> *Obras completas*, II, págs. 45-7 (47). «Además, también tenemos en *Don Quijote* el hecho de que muchas historias están entrelazadas. Al principio podemos pensar que se debe al hecho de que Cervantes puede haber pensado que sus lectores podrían cansarse de la compañía de don Quijote y de Sancho y entonces trató de entretenerlos entrelazando otras historias. Pero yo creo que lo hizo por otra razón. Y esa razón sería que esas historias, la *Novela del curioso impertinente*, el cuento del cautivo y demás, son otras historias. Y por eso está esa relación de sueños y realidad, que es la esencia del libro. Por ejemplo, cuando el cautivo nos cuenta su cautiverio, habla de un compañero de cautiverio. Y ese compañero, se nos hace sentir, es finalmente nada menos que Miguel de Cervantes Saavedra, que escribió el libro. Así hay un personaje que es un sueño de Cervantes y que, a su vez, sueña con Cervantes y lo convierte en un sueño. Después, en la segunda parte del libro, descubrimos, para nuestro asombro, que los personajes han leído la primera parte y que también han leído la imitación del libro que ha escrito un rival. Y no escatiman juicios literarios y se ponen del lado de Cervantes. Así que es como si Cervantes estuviera todo el tiempo entrando y saliendo fugazmente de su propio libro, y, por supuesto, debe haber disfrutado mucho su juego». Véase «Borges sobre el *Quijote*: una conferencia recobrada», pág. 4.

tura y sus efectos sobre la realidad. En su prólogo a las *Novelas ejemplares* ya había advertido que «para el inventor de Alonso Quijano, que soñaba ser don Quijote, la Mancha no era más que un lugar irreparablemente provinciano, polvoriento y prosaico»<sup>65</sup>, y en «Magias parciales del Quijote» no olvidó que Cervantes había tratado de oponer un mundo imaginario poético al prosaísmo del mundo real. Pero Borges llegaba a su última madurez con una visión del *Quijote* en la que la imaginación ya no se oponía a la realidad, sino que con frecuencia se imponía a ella, impresión reforzada por la inclusión de otras ficciones y del propio Cervantes dentro de la ficción. Esa lectura peculiar —a veces una verdadera reinención— era lo que demandaba un proceso literario muy personal, que desde los años cincuenta, con la colaboración probable de la ceguera, acentuaría su tendencia a introducirse en un mundo de sombras y sueños. En 1955, poco antes de que se le desaconsejara la práctica de la lectura y de la escritura, Borges redactó «Parábola de Cervantes y de Quijote», un breve texto publicado en *Sur* donde enriquecía su visión de las relaciones entre la realidad y la literatura al encarecer —«porque en el comienzo de la literatura está el mito, y asimismo en el fin»— los poderes de la imaginación: Cervantes había tratado de enfrentar el mundo cotidiano y común del siglo xvii al mundo irreal de los libros de caballerías, y ni él ni su héroe, «vencido por la realidad», sospechaban que «La Mancha y Montiel y la magra figura del caballero serían, para el porvenir, no menos poéticas que las etapas de Simbad o que las vastas geografías de Ariosto»<sup>66</sup>.

<sup>65</sup> *Obras completas*, IV, pág. 46. En «Análisis del último capítulo del *Quijote*» señaló que «don Quijote no es un hombre de carne y hueso, un hombre sujeto a la muerte, sino un sueño de Cervantes, un sueño que pudo haber sido inmortal» (*Textos recobrados 1956-1986*, pág. 14). Significativamente, reparó en que la novela se resuelve en un sueño: «Cervantes, sin duda, pudo haber inventado un episodio singular, pero recurrió en buena hora a algo más convincente y más misterioso: al oscuro proceso del sueño. ¿Qué nos pasa al dormir, de qué mundo desconocido regresamos al despertar? Cervantes recurre simplemente a un largo sueño, a un largo sueño en el que ocurrirá la salvación buscada» (*ibid.*, pág. 26). No dejaría de insistir en ello: «El sueño de Alonso Quijano cesa con la cordura y también el sueño general del libro, del que pronto despertaremos. Antes que cerremos el volumen y despertemos de ese sueño del arte, don Quijote se nos adelanta, despertando él también y volviendo como nosotros a la mera y prosaica realidad» (*ibid.*, pág. 18). Además, ese artículo fundamental ofrece otros aspectos de interés, a veces no ajenos a la hagiografía que Borges trató de evitar: «a esa altura de la novela, ya podemos creer en ese milagro, porque don Quijote es para nosotros no sólo un amigo querido sino también un santo» (*ibid.*, pág. 17); «Alonso Quijano, ahora, está solo; sabe que todas sus empresas han sido necedades y humo. Sin embargo, ni se acobarda ni se entristece; se alegra porque ha encontrado la verdad, aunque esta verdad venga a aniquilar toda su vida» (*ibid.*, pág. 19).

<sup>66</sup> *Obras completas*, II, pág. 177. «Hay quienes ven en esta obra el triunfo de la realidad sobre la imaginación y el ensueño, el hecho es que su largo decurso es un incesante vaivén de ambos elementos, lo cotidiano y lo fantástico. [...] Es indiscutible, por lo demás, que Cervantes, como el lector, está de parte de su mítico héroe y no de los patanes o de los duques que encarnan lo real», insistiría Borges al escribir en 1977 su prólogo al *Libro delle visioni* (1980), para el que seleccionaría el episodio de la cueva



«Parábola de Cervantes y de Quijote» fue incluido en *El hacedor* (1960), libro de poemas y prosas breves que inaugura la última etapa de Borges y en el que el *Quijote* constituye el pretexto para otras especulaciones: en «Un problema» se imagina la existencia de un texto de Cide Hamete Benengeli distinto al que sirvió a Cervantes para escribir su obra, un texto que se interrumpe cuando don Quijote descubre que ha dado muerte a un hombre, y de ese modo permite conjeturas diversas sobre la reacción del hidalgo, incluida alguna «ajena al orbe español e incluso al orbe del Occidente»<sup>67</sup> pero acorde con la condición ilusoria del universo que propondrían diversas manifestaciones del pensamiento indostánico. El *Quijote* había de ser también el pretexto que inspiraría «El acto del libro», un texto incluido en *La cifra* (1981) donde un libro escrito en lengua arábiga, adquirido por un soldado y condenado al fuego por un cura y un barbero, mágicamente profetizaba el destino de un hombre que lo tuvo en sus manos y no lo leyó, pero que cumplió minuciosamente ese destino «y seguirá cumpliéndolo, porque su aventura ya es parte de la larga memoria de los pueblos»<sup>68</sup>. Pero cabe resaltar desde los años cincuenta el carácter íntimo, incluso autobiográfico, de la relación que diferentes prosas y poemas de Borges establecen con Cervantes y su héroe: buen ejemplo es «Un soldado de Urbina», soneto publicado en *Sur* en 1958 y finalmente incluido en *El otro, el mismo* (1964) donde se evoca a aquel oscuro soldado que, nostálgico de la hazaña de Lepanto, «se creía acabado, solo y pobre, / sin saber de qué música era dueño; / atravesando el fondo de algún sueño, / por él ya andaban don Quijote y Sancho»<sup>69</sup>. Ese poema debe leerse en el mismo contexto de «El hacedor», texto que dio título al volumen homónimo y que también se publicó por primera vez en 1958, en la revista *La Biblioteca*: Borges, ya ciego y en busca de compensaciones para la pérdida del mundo visible, evocó allí a Homero, quien comprendería por fin que en la noche de

---

de Montesinos. Véase Jorge Luis Borges, «Libro de las visiones», *El círculo secreto. Prólogos y notas*, Buenos Aires: Emecé Editores, 2003, págs. 143-51 (149). También en las apreciaciones de Borges se advierten vaivenes o vacilaciones, como prueba su prólogo a *Ensayo sobre el «Orlando furioso»* de Atilio Momigliano, escrito para su «Biblioteca personal» publicada por la editorial Hyspamérica en 1985: «En el sexto capítulo del *Quijote*, Cervantes habla del cristiano poeta Ludovico Ariosto; los dos gozaron de la materia de Francia y de la materia de Bretaña y las supieron falsas. Cervantes les opone la opaca realidad de Castilla; Ariosto las exalta irónicamente. Sabía que la tierra es el reino de la locura y que la única libertad concedida al hombre es la de su infinita imaginación». Véase *Obras completas*, IV, pág. 526.

<sup>67</sup> «Un problema», *Obras completas*, II, pág. 172. En «Dos antiguos problemas», artículo publicado en la revista *Crítica* el 12 de mayo de 1934, Borges encontraba en el *Quijote* (I-LI) un ejemplo para especulaciones que aún recordaría a propósito del silogismo dilemático o bicornuto al comentar *Mathematics and the Imagination* de Edward Kasner y James Newman, reseña recogida en 1957 en *Discusión*. Véase, respectivamente, *Textos recuperados 1931-1955*, págs. 91-4 (92-93) y *Obras completas*, I, págs. 276-77 (277).

<sup>68</sup> *Obras completas*, III, pág. 294.

<sup>69</sup> *Obras completas*, II, pág. 256.

sus ojos mortales «también le aguardaban el amor y el riesgo, Ares y Afrodita, porque ya adivinaba (porque ya lo cercaba) un rumor de gloria y de hexámetros, [...] el rumor de las Odiseas e Ilíadas que era su destino cantar»<sup>70</sup>. En la función compensatoria de la literatura (o de la fantasía) insistía al imaginar a ese viejo soldado del rey que, harto de su dura España y «para borrar o mitigar la saña / de lo real» («Un soldado de Urbina»), no sólo encontró solaz «en las vastas geografías de Ariosto», sino que, «en mansa burla de sí mismo, ideó un hombre crédulo que, perturbado por la lectura de maravillas, dio en buscar proezas y encantamientos en lugares prosaicos que se llamaban El Toboso y Montiel» («Parábola de Cervantes y de Quijote»). Así pues, el infortunio quedaba asociado con la génesis y la materia de la obra feliz: «la cabal herramienta a su elegido / da el despiadado dios que no se nombra: / a Milton las paredes de la sombra, / el destierro a Cervantes y el olvido»<sup>71</sup>, se lee en «El otro», breve poema publicado en *La Nación* en 1961 y también incluido en *El otro, el mismo*; «Cruelles estrellas y propicias estrellas / presidieron la noche de mi génesis; / debo a las últimas la cárcel / en que soñé el Quijote», asegura «Miguel de Cervantes», una de las «Trece monedas»<sup>72</sup> incluidas en 1974 en *El oro de los tigres* (1972) o de las «Quince monedas»<sup>73</sup> incorporadas a *La rosa profunda* (1975). Con esa función compensatoria ha de relacionarse la vinculación profundamente personal que se establece entre el escritor y su héroe, y que significativamente se estrecha con la muerte de don Quijote: «Cervantes, al escribir estas líneas, pudo pensar que él también estaba cerca de la muerte y que más le hubiera valido escribir libros de devoción y no de arbitraria ficción. Don Quijote se despide de sus fantásticas aventuras y viene a ser una proyección de Cervantes que se despide de su novela, también fantástica»<sup>74</sup>.

«Del culto de la letra se ha pasado al culto del espíritu; del culto de Cervantes se ha pasado al culto de Alonso Quijano», había lamentado Borges en su «Nota sobre el *Quijote*», al tiempo que invocaba el relato de la muerte del hidalgo para poner de manifiesto que «descubrir que Alonso Quijano es un personaje

<sup>70</sup> «El hacedor», *Obras completas*, II, págs. 159-61 (160).

<sup>71</sup> *Obras completas*, II, pág. 268.

<sup>72</sup> *Ibid.*, pág. 470.

<sup>73</sup> *Obras completas*, III, pág. 91. «... ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados por otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?» (*Quijote*, I-PRÓLOGO).

<sup>74</sup> «Análisis del último capítulo del *Quijote*», *Textos recobrados 1956-1986*, pág. 18. Al prologar las *Novelas ejemplares* ya había fijado esa significación de la literatura: «Destino paradójico el de este libro. Cervantes lo compuso para distraer con ficciones las primeras melancolías de su vejez; nosotros lo buscamos para vislumbrar en sus fábulas los rasgos del viejo Cervantes. No nos conmueven Mahamut o la Gitanilla; nos conmueve Cervantes, imaginándolos» (*Obras completas*, IV, pág. 47).

patético es descubrir lo que no ignoraba su autor, sobre todo cuando escribió la segunda parte»<sup>75</sup>. Paradójicamente, él también había de contribuir a la difusión de ese nuevo culto. «Para los dos, para el soñador y el soñado, todo esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo xvii», fue su resumen de la novela en «Parábola de Cervantes y de Quijote». El soñado no era el caballero, sino el hidalgo que se soñó caballero hasta morir vencido por la realidad, ese hidalgo del poema «España» que «soñaba ser don Quijote y al fin lo fue»: en «Sueña Alonso Quijano», incorporado a *El oro de los tigres* en 1974 e incluido después en *La rosa profunda*, se recuerda que «el hidalgo fue un sueño de Cervantes / y don Quijote un sueño del hidalgo», y ese doble sueño confunde al soñador y al soñado para alumbrar a la vez otra opción inquietante, que compromete al autor de la novela al convertirlo en una forma de su propio sueño: «Quijano duerme y sueña. Una batalla: / los mares de Lepanto y la metralla»<sup>76</sup>; en «Ni siquiera soy polvo», de *Historia de la noche* (1977), se vuelve sobre ese Alonso Quijano que entre «el polvo y la rutina de Castilla»<sup>77</sup> sueña a don Quijote y ahora sabe que también él es un sueño, y que para seguir soñando necesita seguir siendo soñado. No había límites para la multiplicación de los sueños: «El testigo», un poema de 1974 incorporado a *La rosa profunda*, imaginaba a alguien que presencié el encuentro de don Quijote con los molinos de viento antes de que su destino lo llevara hasta las Indias, donde «perdido en el confín de otra llanura / se dirá que fue un sueño el del molino»<sup>78</sup>.

En «Lectores», un poema de 1963 incluido en *El otro, el mismo*, el poeta había conjeturado que el hidalgo nunca salió de su biblioteca, que la crónica de sus aventuras «fue soñada por él, no por Cervantes, / y no es más que una crónica de sueños», lo que no sólo suponía resaltar una vez más la significación de Alonso Quijano, superior a la de Cervantes y a la de don Quijote, sino a la vez dar a la aventura del hidalgo —«tal es también mi suerte»<sup>79</sup>— una dimensión con la

<sup>75</sup> *Textos recobrados 1931-1955*, pág. 251. En «Análisis del último capítulo del *Quijote*» quedaría mejor justificada esa condición patética: «Cualquier otro autor hubiera cedido a la tentación de que don Quijote muriera en su ley, combatiendo con gigantes o paladines alucinatorios, reales para él. Almafuerite ha reprochado a Cervantes la lucidez agónica de su héroe. A ello podemos contestar que la forma de la novela exige que don Quijote vuelva a la cordura, y también que este regreso a la cordura es más patético que morir loco. Es triste que Alonso Quijano vea en la hora de su muerte que su vida entera ha sido un error y un disparate» (*Textos recobrados 1956-1986*, págs. 17-8).

<sup>76</sup> *Obras completas*, II, pág. 474.

<sup>77</sup> *Obras completas*, III, págs. 177-78 (177).

<sup>78</sup> *Obras completas*, III, pág. 112.

<sup>79</sup> «Lectores», *Obras completas*, II, pág. 270. «El ingenioso hidalgo Alonso Quijano nunca es del todo don Quijote o sólo fugazmente lo es», advertía Borges en su prólogo a *El congreso del mundo* (1985). En las palabras que pronunció al recibir el Premio Cervantes, en 1979, asoció esa valoración

que Borges podía sentirse estrechamente identificado, pues no en vano desde los años cuarenta insistía en recordar que se había criado «en un jardín, detrás de un largo muro, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses», y en suponer que «esencialmente» nunca había salido de esa biblioteca y de ese jardín<sup>80</sup>. «No haber salido de mi biblioteca. / Ser Alonso Quijano y no atreverme a ser don Quijote» figuraban precisamente entre «esas cosas» que le habían dado la fama que en el poema homónimo —incluido en *La cifra* (1981)— no podía comprender<sup>81</sup>. Por ello, entre los sueños que soñará el «indescifrable» futuro, «soñará que Alonso Quijano puede ser don Quijote sin dejar su aldea y sus libros»<sup>82</sup>, según haría constar en «Alguien soñará», una breve prosa integrada en *Los conjurados* (1985). Tal vez irremediabilmente, en la relación de «esas cosas perdidas» de las que «no hay una sola [...] que no proyecte ahora una larga sombra y que no determine lo que haces hoy o lo que harás mañana», figuraban «las páginas que leyó un hombre gris y que le revelaron que podía ser don Quijote»<sup>83</sup>, según consta en «La trama», poema también incluido en *Los conjurados*. En una dimensión más personal: «Doy gracias por aquel Alonso Quijano que, a fuer de crédulo lector, logró ser don Quijote»<sup>84</sup>, había escrito Borges en «Variación», un poema publicado en *Sur* en 1970; Cervantes y su héroe habían entrado a formar parte de sus fantasías metafísicas, y enriquecían decisivamente las reflexiones que en esa última etapa de su obra insistían en relacionar la literatura con los sueños, y a aquélla y a éstos con su propia vida.

---

(probablemente tardía) con su primera lectura de la novela: «... recuerdo la primera vez que leí el *Quijote*, allá por los años 1908 o 1907, y creo que sentí, aun entonces, el hecho de que, a pesar del título engañoso, el héroe no es don Quijote, el héroe es aquel hidalgo manchego, o señor provinciano diríamos ahora, que a fuerza de leer la materia de Bretaña, la materia de Francia, la materia de Roma la Grande, quiere ser un paladín, quiere ser un Amadís de Gaula, por ejemplo, o Palmerín o quien fuera, ese hidalgo que se impone esa tarea que a veces consigue: ser don Quijote, y que al final comprueba que no lo es; al final vuelve a ser Alonso Quijano, es decir, que hay realmente ese protagonista que suele olvidarse, este Alonso Quijano» (*Textos recobrados 1956-1986*, págs. 210 y 300, respectivamente). En consecuencia, «cabe decir que el hecho capital de la vida de Alonso Quijano fue la lectura de los libros que lo indujeron a la singular decisión de ser don Quijote», según Borges hizo constar en su prólogo a *El imperio jesuítico* de Leopoldo Lugones, de su «Biblioteca personal». Véase *Obras completas*, IV, págs. 461-62 (461).

<sup>80</sup> Véase su «Agradecimiento a la Sociedad Argentina de Escritores» cuando su libro *Ficciones* (1944) recibió el Gran Premio de Honor (*Sur*, núm. 129, julio de 1945), *Borges en «Sur» (1931-1980)*, Buenos Aires: Emecé, 1999, págs. 300-2 (301). «¿Me será permitido repetir que la biblioteca de mi padre ha sido el hecho capital de mi vida? La verdad es que nunca he salido de ella, como no salió nunca de la suya Alonso Quijano», insistiría en su epílogo a *Historia de la noche* (*Obras completas*, III, pág. 202).

<sup>81</sup> «La fama», *Obras completas*, III, pág. 325.

<sup>82</sup> *Obras completas*, III, pág. 473.

<sup>83</sup> «La trama», *Obras completas*, III, pág. 461.

<sup>84</sup> *Borges en «Sur» (1931-1980)*, pág. 73.